

tó los males, porque si se hubieran perturbado los ánimos con las amenazas, se habría podido resistir con esperanza de algún éxito. ¿Qué necesidad tenía Inglaterra de consentir nuestras últimas turbulencias? Se encontraba al abrigo encerrada en su isla y en medio de sus enemistades nacionales. ¿Qué necesidad tenía el gabinete de Saint-James de temer la separación de Irlanda? Esta nación no es más que la canoa de Inglaterra: cortad la amarra, y la canoa, separada del navío, irá a perderse entre las olas. Lord Liverpool tenía tristes presentimientos. Comí un día en su casa, y luego nos pusimos a hablar al lado de una ventana que daba al Támesis: no pude menos de elogiar la solidez de la monarquía inglesa, ponderada por el equilibrio perfecto de la libertad y del poder; pero el venerable lord, extendiendo el brazo hacia los edificios que se divisaban, me dijo: «¿Qué es lo que conserva solidez en una ciudad tan vasta? Si estallara una insurrección seria en Londres, todo se perdería.»

Me parece que acabo de estudiar a Inglaterra, como estudié en otro tiempo en las ruinas de Atenas, de Jerusalén, de Menfis y de Cartago. Al repasar los siglos de Albión, viéndolos abismarse uno tras otro, experimento una especie de vértigo doloroso. ¿Qué fué de aquellos brillantes y tumultuosos días en que vivieron Shakespeare, Milton, Enrique VIII e Isabel, Cromwell y Guillermo, Pitt y Burke? Todo conchuyó; superioridades y medianías, odios y amores, felicidades y miserias, opresores y oprimidos, verdugos y víctimas, reyes y pueblos; todo duerme en el mismo silencio y en el mismo polvo.

¿Cuántas veces ha sido destruida Inglaterra en el espacio de algunos centenares de años! ¿Por cuántas revoluciones ha pasado para llegar a una revolución más grande, más profunda, que abrazará a la posteridad! Yo vi en todo su poderío los famosos parlamentos británicos. ¿En qué se convertirán? He visto Inglaterra con sus antiguas costumbres y su antigua prosperidad: por todas partes la iglesia solitaria con su torrecilla, prados llenos de vacas, el cementerio de Gray, caminos estrechos y arenosos, parques, palacios y quintas, pocos bosques, pocas aves y el viento del mar. No eran los campos de Andalucía donde solía encontrar a los cristianos viejos y los jóvenes amores entre las volup-

tuosas ruinas de los palacios árabes, entre los álces y las palmeras.

*Quid dignum memorare tuis, Hispania, terris
Voz humana valet!*

«¿Qué voz humana, ¡oh España!, merece el alto honor de recordarnos tus praderas?»

Tampoco era la campiña romana cuyo irresistible encanto nunca podré olvidar: aquellas olas y aquel sol no eran los que bañan e iluminan el promontorio, sobre el cual enseñaba Platón a sus discípulos; pero, en fin, tal como era aquella Inglaterra, rodeada por el mar, cubierta de buques y profesando el culto de sus grandes hombres, era hermosa y temible.

Me separé por segunda vez de mi juventud en la misma ribera donde la abandoné la vez primera. Carlota había vuelto a reaparecer como ese astro, contento de las sombras, que se levanta entre las tinieblas de la noche. Si no estáis cansados, buscad en estas *Memorias* el efecto que produjo en mi ánimo, en 1822, la presencia de esta mujer. Al verme en otro tiempo, yo no conocía a esas inglesas que me rodeaban en tropel cuando me veían célebre y poderoso: sus homenajes tuvieron toda la versatilidad y ligereza de mi suerte. Ahora, después que han pasado seis años desde que cesé de ser embajador en Londres, mis miradas se dirigen todavía a la hija del país de Desdémona y de Julieta: su presencia inesperada avivó la llama de mis recuerdos. Nuevo Epiménides, despierto después de un largo sueño, fijo la vista en un faro, tanto más radiante, cuanto que los otros se apagaron ya; uno solo brillará para mí durante mucho tiempo.

No he concluido de escribir en las páginas anteriores todo lo que concierne a Carlota: fué a visitarme a Francia con parte de su familia, cuando era ministro en 1823. Por uno de esos misterios inexplicables del hombre, encontrándome enteramente absorto en una guerra, de la cual dependía la suerte de la monarquía francesa, alguna expresión faltaría sin duda a mi voz, pues Carlota, al regresar a Inglaterra, me dejó una carta, en la cual se manifestaba herida por mi recepción. Yo no me he atrevido a escribirle ni a enviarle los fragmentos literarios que me había entregado y que le prometí remitirle aumentados. Si fuera cierto que ella tuviese un motivo verdadero para quejarse, arrojaría al fuego,

cuanto he referido de mi primera residencia en Ultramar.

Muchas veces he tenido el deseo de ir a aclarar mis dudas; pero, ¿podría volver a Inglaterra, yo, que no me atrevo a visitar la roca paterna, en la cual he trazado mi sepulcro? Hoy tengo miedo de las sensaciones, pues robándome el tiempo mis mejores años, me parezco a esos soldados, cuyos miembros quedaron en el campo de batalla: como mi sangre tiene un camino menos largo que recorrer, se precipita en mi corazón con una afluencia tan rápida, que este viejo órgano de mis placeres y de mis sufrimientos palpita como si fuese a quebrarse. El deseo de quemar lo que se refiere a Carlota, aun cuando la trato con religioso respeto, se une al deseo que tengo de inutilizar estas *Memorias*, si hoy me perteneciesen; si pudiera volver a compearlas, sucumbiría a la tentación. Me acosa un disgusto tan grande de todo, siento tanto desprecio por el presente y por el porvenir inmediato, que me avergüenzo de emplear mis últimos momentos en referir cosas pasadas, en pintar un mundo viejo, cuyo nombre e idioma nunca se comprenderán.

El hombre se engaña tanto por el logro de sus deseos como por el desengaño; yo deseé, contra mi instinto natural, ir al congreso, y aprovechando una prevención del señor de Villele, le conduje hasta el extremo de obtener la firma del señor de Montmorency. Y, sin embargo, no me inclinaba yo verdaderamente a lo que había obtenido: sin duda me habría molestado si se me hubiese hecho quedar en Inglaterra; pero la idea de ver a la señora Sutton y la de viajar por los tres reinos habrían triunfado de una ambición que no es adherente a mi naturaleza. Dios lo dispuso de otro modo, y salí para Verona: de aquí dimanó el cambio de mi vida, la guerra de España, mi triunfo, mi caída y la de la monarquía.

Uno de los hermosos niños que me recomendó Carlota en 1822 acaba de verme en París: hoy es el capitán Sutton, y está casado con una joven muy bella; me ha dicho que su madre, bastante enferma, ha pasado últimamente un invierno en Londres.

Me embarqué en Douvres el 8 de septiembre de 1822, desde donde veintidós años antes se dió a la vela el señor de La Sagne. Desde aquella fecha hasta ahora han pasado treinta y nueve años. Cuando uno fija su atención en la vida

pasada, le parece ver, sobre la vasta soledad del mar, los restos de un buque que ha desaparecido; o escuchar el fúnebre clamoreo de una campana sin ver la ruinoso torre que la sostiene.

Revisado en diciembre de 1846.

LIBERTAD DEL REY DE ESPAÑA. — MI DESTITUCIÓN. — LA OPOSICIÓN ME SIGUE. — ÚLTIMOS BILLETES DIPLOMÁTICOS.

Aquí viene a colocarse por orden de fechas el *Congreso de Verona*, que publicó en dos tomos separados. Mi guerra de España, el gran acontecimiento político de mi vida, era una empresa gigantesca. La legitimidad iba a combatir por vez primera bajo la bandera blanca, y a disparar cañonazos después de los cañonazos del imperio que resonarán en la posteridad. Ocupar España; triunfar en el mismo suelo en que un conquistador había sufrido reveses; hacer en pocos meses lo que él no pudo hacer en siete años, ¿quién habría podido aspirar a semejante prodigio? Yo lo pretendí, pero, ¡cuántas maldiciones han caído sobre mi cabeza en la mesa de juego en que la Restauración me había colocado! Tenía frente a mí a Francia, enemiga de los Borbones, y a dos ministros extranjeros, el príncipe de Metternich y el señor Canning. No transcurría día sin que recibiese cartas donde me anunciaban una catástrofe, porque la guerra con España no era popular en Francia ni en Europa. En efecto, no tardó en verificarse mi caída, poco después de mi triunfo en la península.

Después del anuncio de la libertad del rey de España, comunicado por el telégrafo, fuimos los ministros a palacio llenos de ardor, y entonces tuve el presentimiento de mi caída. El rey y *Monsieur* no nos vieron; la duquesa de Angulema, absorta con el triunfo de su esposo, a nadie veía. Esta víctima inmortal escribió acerca de la libertad de Fernando una carta, que terminaba con esta exclamación, sublime en la boca de la hija de Luis XVI: «¡Queda ya demostrado que se puede salvar a un rey desgraciado!»

El domingo, antes de asistir al consejo, visité a la familia real: la augusta princesa dirigió a mis colegas algunas palabras, y a mí ninguna. Seguramente yo no merecía igual honor: el silencio de la

huérfana del Temple nunca puede ser ingrato.

Así seguimos hasta Pentecostés; mis amigos no dejaban de estar inquietos, y me decían constantemente: «Será usted destituido mañana.» «Si quieren — contestaba yo—, que lo hagan ahora mismo.» El día de Pascua, 6 de junio de 1824, al entrar en el salón de *Monsieur*, un ujier fué a decirme que me llamaban. Era mi secretario, Jacinto, el cual me dijo que ya no era yo ministro. Abrí el pliego que me entregaba, y encontré este billete del señor de Villele:

«Señor vizconde: Obedezco las órdenes del rey al transmitir a V. E. un decreto que acaba de firmar S. M.

»El señor conde de Villele, presidente de nuestro Consejo de ministros, se encargará interinamente del ministerio de Estado, en reemplazo del señor vizconde de Chateaubriand.»

El decreto estaba escrito por el señor de Rainneville, que tuvo por conveniente evitar avergonzarse delante de mí. ¿Por ventura le conozco? ¿He pensado en él alguna vez? Le encuentro muchas veces; pero, ¿ha sospechado que no ignora que el decreto, que me ha borrado de la lista de los ministros, estaba escrito de su puño?

El embarazo de la riqueza y los inconvenientes de la miseria me siguieron a mi casa de la calle de la Universidad. El mismo día de mi destitución tenía convite en el ministerio, y me fué preciso pasar aviso a los invitados y volver a guardar el servicio dispuesto para cuarenta personas. Un antiguo amigo participó de la comida del ex ministro. La ciudad y la corte se extrañaron del suceso, pues todos convinieron en que no era procedente mi caída después del servicio que acababa de prestar; suponían que mi desgracia sería de corta duración, y se daban muchos gran importancia consolando un infortunio de pocos días, al cabo de los cuales creían que yo volvería al ministerio.

Se engañaban; contaron con mi pusilanimidad; llegaron a suponer que besaría los pies de los que me habían arrojado, y esto era no conocerme. Me retiré sin reclamar lo que se me debía, sin recibir el más pequeño favor de la corte; cerré la puerta a los que me habían hecho traición; rehusé todo consuelo, y eché mano a las armas. En vista de esto,

cambió enteramente la escena: fui blanco de la crítica general, y mi jugada que, por de pronto había parecido tan brillante en los salones y antecámaras, adquirió un aspecto horrible.

¿No hubiera obrado mejor callando después de mi destitución? El proceder que se había usado conmigo, ¿me hubiera conquistado el favor público? El señor de Villele me ha repetido que su billete se había retrasado, por lo cual me fué entregado en palacio. Tal vez sería así; pero, cuando se juega, debe calcularse todo, y, por último, no se escribe a un amigo que vale algo una carta semejante. Pero la irritación del partido Villele era grande contra mí, porque deseaban apropiarse mi obra, y porque yo había manifestado entender ciertas materias que suponían ignoraba completamente.

Seguramente que el silencio y la moderación, como se decía, me hubieran ganado el amor de los que siempre adoran al que es ministro, y haciendo padecer a mi inocencia, tal vez hubiera vuelto a entrar en el consejo. Esto estaba en el orden común de las cosas; pero era hacerme aparecer como no soy, suponiéndome capaz de querer apoderarme del timón del Estado.

La idea que tenía del gobierno representativo me condujo a la oposición: la oposición sistemática es la única propia de esta forma de gobierno, porque la de conciencia es impotente. Es indispensable elegir un jefe, justo apreciador de las buenas y de las malas leyes: si no se hace así, cada diputado equivoca su ignorancia con su conciencia, y la pone en la urna. La oposición de conciencia consiste en flotar sobre los partidos, en tascar el freno, en votar según las circunstancias y en mostrarse magnánimo a despecho del corazón. Mientras Inglaterra ha permanecido grande, sólo conoció la oposición sistemática: los ministros entraban y salían con sus amigos, y al abandonar las carteras se sentaban en el banco de los que hacían la guerra. El que descendía por no haber querido aceptar un sistema, tenía que combatirlo desde la tribuna si dicho sistema prevalecía en el gobierno, porque los hombres sólo representan principios, y la oposición sistemática los ataca cuando presenta la batalla al ministerio, cuyos principios se oponen a los suyos.

Mi caída produjo mucho ruido; los que

se mostraban más satisfechos de ella censuraban la forma. Después he sabido que el señor de Villele titubeó: el señor de Corbiere decidió la cuestión: «Si entra por una puerta en el consejo — debió decir—, salgo por la otra.» Me dejaron salir: era cosa muy sencilla que el señor de Corbiere fuese preferido a mí. No por eso le quise mal: yo le incomodaba, y me mandó despedir: hizo bien.

Al día inmediato a mi caída y los siguientes se publicaban en el *Diario de los Debates* estas palabras, tan honrosas para los señores Bertin:

«Por segunda vez ha sufrido el señor de Chateaubriand la prueba de una destitución solemne.

»En 1816 se le destituyó como ministro de Estado, por haber atacado con su inmortal obra *La Monarquía según la Carta* la famosa ordenanza de 5 de septiembre que motivó la disolución de la Cámara sin igual de 1815. Los señores de Villele y Corbiere eran a la sazón simples diputados, jefes de la oposición realista, y por haberles defendido fué el señor de Chateaubriand víctima de la cólera ministerial.

»En 1824 ha vuelto a ser destituido el señor de Chateaubriand, siendo sacrificado por los señores de Villele y Corbiere, ministros actualmente. ¡Cosa extraña! En 1816 fué castigado por haber hablado; en 1824 se le castiga por callar; su crimen ha sido haber guardado silencio en la discusión sobre la ley de las rentas. Todos los desfavores no son desgracias: la opinión pública, supremo juez, nos dirá dónde se debe colocar al señor de Chateaubriand, y a quién ha sido más fatal la ordenanza de este día, si al vencedor o al vencido.

¿Quién nos hubiera dicho al abrirse la sesión que echaríamos a perder de esa manera todos los resultados de la empresa de España? ¿Qué necesitábamos este año? Solamente la ley sobre la septuagésima, pero la ley completa, y los presupuestos. Los asuntos de España, del Oriente y de las Américas, conducidos como lo estaban prudentemente y en silencio, se habrían ido aclarando: teníamos ante los ojos el más bello porvenir: se ha querido coger un fruto verde: no se ha caído, y se ha supuesto que se podría acelerar la precipitación con la violencia.

»La cólera y la envidia son malos con-

sejeros: no es con pasiones, ni caminando a saltos, como se rigen los Estados.

»P. D. En la Cámara de los Diputados ha sido aprobada esta tarde la ley sobre la septuagésima. Se puede decir que las doctrinas del señor de Chateaubriand triunfan después de su salida del ministerio. Esa ley, que éste había considerado desde hace mucho tiempo como complemento de nuestras instituciones, marcará para siempre con la guerra de España su paso en los negocios. Se ha lamentado mucho que el señor Corbiere quitase el sábado el uso de la palabra al que entonces era su colega. La Cámara de los Pares habría oído al menos el canto del cisne.

»Respecto a nosotros, entramos con un pesar profundo en una senda de combates, de la que esperábamos haber salido para siempre con la unión de los realistas; pero el honor, la fidelidad política, el bien de Francia, no nos han permitido vacilar en el partido que debíamos abrazar.»

Así quedó dada la señal de la reacción. El señor de Villele no se alarmó mucho al principio, pues ignoraba la fuerza de las opiniones. Muchos años se necesitaron para derribarlo, pero al fin cayó.

Recibí del presidente del consejo una carta, que lo arreglaba todo y probaba que con mi excesiva sencillez yo no había adquirido nada de lo que hace a un hombre respetado y respetable.

«Paris, 16 de junio de 1824.

»Señor vizconde: Me he apresurado a someter a S. M. el decreto por el que se le da un pleno resguardo de las sumas que ha recibido del real tesoro para los gastos secretos durante todo el tiempo de su ministerio.

»El rey ha aprobado todas las disposiciones del decreto, que tengo el honor de transmitirle adjunto, original.

»Reciba, señor vizconde, etc.»

Mis amigos y yo entablamos una pronta correspondencia:

El señor de Chateaubriand al señor de Talaru.

Paris, 9 de junio de 1824.

»Ya no soy ministro, querido amigo: se dice que lo será usted. Cuando obtu-

ve para usted la embajada de Madrid, dije a varias personas que lo recuerdan todavía: «Acabo de nombrar a mi sucesor.» Deseo haber sido profeta. El señor de Villele es el encargado de la cartera interinamente.

»CHATEAUBRIAND.»

El señor de Chateaubriand al señor de Rayneval.

«París, 16 de junio de 1824.

»Yo he concluido, caballero, y espero que usted tenga aún obra para mucho tiempo. He procurado que no tuviese motivos de queja contra mí.

»Es muy fácil que me retire a Neuchâtel, en Suiza: si esto sucede, pida por mí de antemano a S. M. prusiana su protección y sus bondades: ofrezca mis respetos al conde de Bernstoff, un saludo al señor Ancillon y mis recuerdos a todos sus secretarios. Le ruego crea en mi estimación y afecto muy sinceros.

»CHATEAUBRIAND.»

El señor de Chateaubriand al señor de Caraman.

«París, 22 de junio de 1824.

»He recibido, señor marqués, sus cartas del 11 del corriente. Otros que yo le mostrarán el camino que ha de seguir en lo sucesivo: si está conforme con lo que ha oído, le llevará lejos. Es probable que mi destitución cause gran placer al señor de Metternich durante quince días.

Reciba, señor marqués, mis respetos y la nueva seguridad de mi afecto y de mi alta consideración.

»CHATEAUBRIAND.»

El señor de Chateaubriand al señor Hyde de Neuville.

«París, 22 de junio de 1824.

»Seguramente habrá sabido mi destitución. No me queda más que decirle cuán feliz era en sostener con usted relaciones que acaban de romperse. Prosigo, estimado y antiguo amigo mío, prestando servicios a su país, pero no cuente demasiado con la gratitud, y no crea que sus triunfos sean un motivo para mantenerse en el puesto que tanto sabe honrar.

»Le deseo, caballero, toda la felicidad que merece.

»P. D. Recibo en este momento su carta de 5 del corriente, en la cual me anuncia la llegada del señor de Merona. Le doy gracias por su amistad; puede estar seguro de que no he buscado otra cosa en sus cartas.»

»CHATEAUBRIAND.»

El señor de Chateaubriand al señor conde de Serre.

«París, 23 de junio de 1824.

»Mi destitución le habrá demostrado, señor conde, que no puedo servirle; sólo me es dado, pues, hacer votos por verle en el puesto debido a su talento. Yo me retiro del mío, y me considero dichoso de haber contribuido a devolver a Francia su independencia militar y política, y a introducir la base de la duración de siete años en el sistema electoral. No es tal como yo la quisiera, pues la variación de edad era en él una consecuencia necesaria; pero, en fin, el principio queda establecido, y el tiempo hará lo demás, si es que no deshace lo hecho. Me congratulo, señor conde, de que no le habrán sido desagradables nuestras relaciones, y, por mi parte, me felicitaré siempre de haber encontrado en el servicio público un hombre de su mérito.

»Reciba la seguridad de mi consideración, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

El señor de Chateaubriand al señor de la Ferronnays.

«París, 24 de junio de 1824.

»Si por casualidad estuviera usted aún en San Petersburgo, señor conde, no quiero terminar nuestra correspondencia sin expresarle toda la estimación y toda la amistad que me ha inspirado. Consérvese bien, sea más feliz que yo, y cuente conmigo en cualquier ocasión. Escribo una palabra al emperador.

»CHATEAUBRIAND.»

En los primeros días de agosto recibí la contestación a esta despedida. El señor de la Ferronnays había consentido en aceptar las funciones de embajador siendo yo ministro: más adelante, y a mi vez, fui yo embajador durante el ministerio del señor de la Ferronnays. Compa-

triotas y amigos, nos hemos hecho justicia mutuamente. El señor de la Ferronnays sufrió las más duras penas sin quejarse, y ha continuado fiel en medio de sus sufrimientos y de su noble pobreza. Después de mi caída hizo por mí en San Petersburgo lo que yo hubiera hecho por él: un hombre honrado está siempre seguro de ser comprendido por otro que también lo sea. Me complazco en consignar este testimonio del valor, de la lealtad y de la elevación de alma del señor de la Ferronnays.

El señor de la Ferronnays al señor de Chateaubriand.

«San Petersburgo, 4 de julio de 1824.

»El correo ruso, llegado anteayer, me ha traído su carta del 16, que es para mí el más precioso testimonio de todos los que he tenido el honor de recibir de usted; la conservo, pues, como un título de honor, y tengo la firme esperanza y la íntima convicción de que en breve podré presentársela en circunstancias menos tristes. Imito, señor vizconde, el ejemplo que me da, y no me permitiré ninguna reflexión sobre el suceso que acaba de romper de un modo tan brusco como inesperado las relaciones que el servicio había establecido entre nosotros. Lo que acaba de pasar es aún enteramente inexplicable para mí; ignoro absolutamente las causas de ello, pero veo los efectos: era tan sencillo, tan natural preverlos, que me he admirado de que no se haya temido arrostrarlos. Conozco demasiado la nobleza de sus sentimientos y la pureza de su patriotismo, para no estar bien seguro de que aprobará la conducta que he creído deber seguir en esta ocasión. Me la exigía mi deber, mi afecto a mi país, y aun el interés de la gloria de usted; y es demasiado buen francés para aceptar en sus actuales circunstancias la protección y el apoyo de los extranjeros. Usted ha adquirido para siempre el derecho a la confianza y a la estimación de Europa; pero sólo sirve usted a Francia; sólo a ella pertenece. Ella puede ser injusta; pero ni usted ni sus verdaderos amigos permitirán nunca que se haga menos pura y menos bella su causa, confiando su defensa a los extranjeros. Yo he hecho, pues, callar todos los sentimientos y consideraciones particulares ante el interés general; al intento he evitado algunos pasos cuyo primer efecto

hubiera sido suscitar entre nosotros divisiones peligrosas y atacar la dignidad del trono. Este es el último servicio que he hecho aquí antes de mi partida, del que sólo usted, señor vizconde, tendrá conocimiento. Le debo confianza, y conozco demasiado la nobleza de su carácter para no estar bien seguro de que guardará el secreto, y que hallará la conducta observada por mí en esta circunstancia conforme a los sentimientos que tiene usted derecho a exigir de aquellos a quienes honra con su estimación y su amistad.

»Adiós, señor vizconde: si las relaciones que he tenido el honor de sostener con usted pudieron darle una idea exacta de mi carácter, debe conocer que los cambios de posición no pueden influir en mis sentimientos, y no dudará nunca de la adhesión del que, en las circunstancias actuales, se considera muy dichoso en ser colocado por la opinión entre el número de sus amigos.

»LA FERRONNAYS.»

»P. D. Los señores de Fontenay y de Pontcarré aprecian mucho el recuerdo que usted conserva de ellos. Testigos como yo del aumento de consideración que Francia había adquirido desde su entrada en el ministerio, es muy natural que participen de mis sentimientos.»

NEUCHÂTEL EN SUIZA. — MUERTE DE LUIS XVIII. — CONJURACIÓN DE CARLOS X. — RECIBIMIENTO DE LOS CABALLEROS DE LAS ÓRDENES. — REUNO EN TORNO MÍO A MIS ANTIGUOS ADVERSARIOS. — MI PÚBLICO CAMBIA.

Después de mi caída comencé inmediatamente el combate de mi nueva oposición; pero interrumpida por la muerte de Luis XVIII, no continuó hasta después de la consagración de Carlos X. En el mes de junio me reuní en Neuchâtel con la señora de Chateaubriand, que fué allí a esperarme. Había alquilado una casita de campo a la orilla de un lago, al Norte y Sud de la cual se extendía a una gran distancia la cordillera de los Alpes. La casa estaba situada al mismo pie del Jura, cuyas perpendiculares cumbres, ennegrecidas por los pinos que vegetaban en ellas, parecían caer a plomo sobre nuestras cabezas. Una calle natural de bosques me servía de paseo. Allí me acordaba de milord Marechal. Cuando subía

a la cima del Jura distinguía el lago de Biemme, a cuyas olas agitadas por la brisa debió Juan Jacobo Rousseau una de sus más felices inspiraciones. La señora de Chateaubriand fué a visitar Friburgo y una casa de campo que se nos había pintado encantadora, y que encontró poco atractiva y casi desierta, aunque se denominaba la *Pequeña Provenza*. Un gato negro y flacucho, semisalvaje, que pescaba peces metiendo una pata en un gran charco lleno de agua del lago, era toda mi distracción. Una vieja calmosa, que hacía media continuamente, nos disponía la comida en un hornillo, sin moverse de su silla. Yo no había perdido la afición de comer a la manera del ratón campesino.

Neuchâtel tenía sus buenos días; había pertenecido a la duquesa de Longueville, y Juan Jacobo Rousseau se paseó por sus montes en traje de armenio. La señora Charriere, tan delicadamente retratada por el señor de Sainte-Beuve, había descrito la sociedad en las *Cartas Neuchatelesas*; pero *Juliana*, la señorita de *La Prise*, *Henri Meyer*, no estaban ya allí; yo no veía más que al pobre Fauché-Borel, antiguo emigrado: poco después se arrojó por la ventana. Los jardines del señor Pourtalès, arreglados por la tijera, no me gustaban más que una roca inglesa colocada por la mano del hombre en una viña próxima, frente al Jura. Berthier, último príncipe de Neuchâtel, estaba olvidado a pesar del pequeño Simplón del valle de Travers, y nadie hubiera hecho caso de él aunque se hubiese roto el cráneo de la misma manera que Fauché-Borel.

La enfermedad del monarca me hizo volver a París. El rey murió el 16 de septiembre, cerca de cuatro meses después de mi destitución. Mi folleto, que tenía por título *El Rey ha muerto: ¡viva el rey!*, en el cual saludaba al nuevo soberano, produjo el mismo efecto en favor de Carlos X que el que había producido en favor de Luis XVIII el otro mío *De Bonaparte y los Borbones*. Marché a Neuchâtel a buscar a mi esposa, y nos vinimos a aposentar en París, calle de Regard. Carlos X popularizó el comienzo de su reinado con la abolición de la censura de la imprenta. La consagración tuvo lugar en la primavera de 1825. «Ya comenzaban las abejas a zumbar, los pájaros a cantar, y los corderillos a triscar.»

Entre mis papeles encuentro las páginas siguientes, escritas en Reims:

«Reims, 26 de marzo de 1825.

»El rey llega pasado mañana: el domingo 29 será consagrado. Veré colocar sobre la cabeza una corona en que nadie pensaba en 1814 cuando alcé la voz en su favor. He contribuído a abrirle las puertas de Francia; le he proporcionado defensores, llevando a buen término los asuntos de España; hice adoptar la Carta y he sabido buscar un ejército, las dos únicas cosas con que el rey puede reinar tanto en el interior como en el exterior. ¿Y qué papel me está reservado en su consagración? El de un proscrito. Vengo a recibir entre la muchedumbre un cordón, antes de honor y raro, hoy prodigado con exceso, y que ni aun lo debo a Carlos X. Las personas a quienes he servido y colocado en posición me vuelven la espalda. El monarca tendrá mis manos entre las suyas, y cuando preste mi juramento me verá a sus pies sin moverse, como ve sin interés mi situación. Mas, ¿qué importa? Nada. Libre de la obligación de ir a las Tullerías, la independencia me lo compensa todo. Escribo esta página de mis memorias en el gabinete donde estoy olvidado, en medio de la agitación y del movimiento que me rodean. Esta mañana he visitado a Saint-Remi y la catedral adornada de papel pintado. Yo había formado una idea clara de este último edificio sin las decoraciones de la *Juana de Arco* de Schiller, que vi representar en Berlín: la maquinaria de un teatro me ha hecho ver a la orilla del Spree lo que en el papel me ocultaba a la orilla del Vesle.

De mi tierra salí
no mayor que una bota,
y he venido hasta aquí
con mi... con mi marmota.

»Una limosna, caballero; que Dios se lo pague.

»Ved aquí lo que me ha cantado un chico saboyano que acababa de llegar a Reims: «¿Y a qué has venido aquí?», le pregunté. «He venido a la consagración, caballero.» «¿Con tu marmota?» «Sí, caballero; con mi, con mi, con mi marmota», me ha contestado, bailando y dando vueltas. «Pues bien, lo mismo que yo, hijo mío.» Esto no es exacto: yo había venido a la consagración sin marmota, y

una marmota es un gran recurso: no tenía en mi maleta más que alguna antigua conseja, por ver a la cual dar vueltas al rededor de un palo no me habría dado ningún pasajero ni un sueldo.

»Luis XVII y Luis XVIII no habían sido consagrados; la consagración de Carlos X es la primera después de la de Luis XVI. Carlos X asistió a la coronación de su hermano; representando al duque de Normandía, Guillermo el *Conquistador*. ¡Bajo qué felices auspicios subió al trono Luis XVI! ¡Cuán popular era al suceder a Luis XV! ¿Qué le ocurrió, sin embargo? La consagración actual será la imagen de una consagración, no una verdadera consagración. Veremos al mariscal Monecy, actor en la consagración de Bonaparte, y que en otro tiempo celebró en medio de su ejército la muerte del tirano Luis XVI; veremos a ese mariscal blandir la espada real en Reims, en calidad de conde de Flandes o de duque de Aquitania. ¿A quién ha de causar ilusión todo este aparato? Yo no hubiera querido ver hoy ninguna pompa, solamente el rey a caballo, la iglesia sin colgaduras, adornada nada más que con sus antiguas bóvedas y sus viejas tumbas; las dos Cámaras presentes y el juramento de fidelidad a la Carta pronunciado en alta voz sobre los santos Evangelios. Este acto, que era la renovación de la monarquía, hubiera podido inaugurarse con la libertad y la religión. Desgraciadamente se amaba poco a la libertad. ¡Si a lo menos se hubiera tenido afición a la gloria!

¿Qué podrán allá dentro de sus heladas tumbas
las sombras generosas de los reyes decir?
¿Qué dirán Faramundo, Clodion y Clodoveo
y Martel y Pipino y Carlos y Luis,
que a costa de su sangre y de guerras sin cuento
legaron a sus hijos tan hermoso país?

»En fin, la reciente consagración, en la que el papa ha venido a ungir a un hombre tan grande como el jefe de la segunda raza, cambiando las cabezas, ¿no destruyó el efecto de la antigua ceremonia de nuestra historia? El pueblo ha podido pensar que una ceremonia religiosa no consagraba a nadie en el trono, o hacía indiferente la elección de la frente a que se aplicase el óleo santo. Los figurantes de Nuestra Señora de París, que representaban el mismo papel en la catedral de Reims, sólo serán los personajes obligados de una escena vulgar: en todo caso, la ventaja será de Napoleón, que ha dejado sus comparsas a

Carlos X. La sombra del emperador lo domina todo. Se aparece en el fondo de los acontecimientos y de las ideas: los papeles de los míseros tiempos a que hemos llegado se encogen a las miradas de sus águilas.»

«Reims, sábado, víspera de la consagración.

»He visto entrar al rey; he visto pasar las doradas carrozas del monarca que en otro tiempo no tenía un caballo; he visto rodar esos carruajes llenos de artesanos que no han sabido defender a su señor. Esta turba ha ido a la iglesia a cantar el *Te Deum*, y yo he ido a contemplar una ruina romana y a pasearme solo en un bosque de olmos, llamado el *bosque del Amor*. Oía de lejos los repiques de las campanas, y miraba las torres de la catedral, testigos seculares de esta ceremonia, siempre la misma, y tan diferente, sin embargo, por la historia, los tiempos, las ideas, las costumbres, los usos y los trajes. La monarquía murió, y la catedral se convirtió, durante algunos años, en caballeriza. Carlos X, que la vuelve a ver hoy, ¿se acuerda de que ha visto a Luis XVI recibir la Santa Unción en el mismo lugar donde él a su vez va a recibirla? ¿Creerá que una palabra basta para ponerse a cubierto del infortunio? No hay mano que tenga bastante virtud para curar las escrófulas; no hay ampolla santa bastante saludable para hacer inviolables a los reyes.»

Me apresuro a escribir lo que acabo de leer en las páginas de un folleto titulado *La Consagración, por Barnage de Reims, abogado*, y en una carta impresa del gran referendario, el señor de Semonville, que dice: «El gran referendario tiene el honor de notificar a su señoría, el señor vizconde de Chateaubriand, que hay asientos reservados en la catedral de Reims para aquellos señores Pares que deseen asistir al día siguiente de la consagración y coronación de S. M. a la ceremonia del recibimiento del jefe y soberano gran maestro de las órdenes del Espíritu Santo y de San Miguel, y al de los señores caballeros y comendadores de las mismas órdenes.»

Carlos X había tenido, no obstante, la intención de reconciliarme con él. Háblándole en Reims el arzobispo de París de los hombres de la oposición, el monarca le había dicho: «¡Aquellos que no me quieran, los abandono!» El arzobispo

contestó: «Pero, señor, ¿y el señor de Chateaubriand?» «En cuanto a ése, lo siento.» El arzobispo preguntó al rey si podía decírmelo: el monarca vaciló, dió dos o tres vueltas por la cámara, y respondió: «Bien, sí; decídselo»; pero el arzobispo se olvidó de ello.

En la ceremonia de los caballeros de las órdenes me encontré de rodillas a los pies del rey, en el momento en que el señor de Villele prestaba juramento. Crucé dos o tres palabras corteses con mi compañero de caballería, con motivo de una pluma desprendida de mi sombrero. Nos levantamos de los pies del príncipe, y todo quedó terminado. El rey, habiendo tenido alguna dificultad para quitarse sus guantes a fin de coger mis manos entre las suyas, me dijo riéndose: «Gato con guantes no caza ratones.» Se creyó que me había hablado mucho, y en seguida se extendió la noticia de que empezaba yo a recobrar el favor real. Es probable que, pensando Carlos X que el arzobispo me había hablado de su buena voluntad, aguardaba de mí alguna palabra de gracias, y que le chocó mi silencio.

Así asistí a la última consagración de los sucesores de Clovis; la había determinado con las páginas en que solicitaba esta consagración, y la pinté en mi folleto *El rey ha muerto; ¡viva el rey!* no porque yo tuviese la menor fe en la ceremonia, sino porque faltándole todo a la legitimidad, era necesario, para sostenerla, emplear todos los medios, valiesen lo que valieran. Yo recordaba en él esta definición de Adalberon: «La coronación de un rey de Francia es un interés público, no un negocio particular: *Publica sunt hæc negotia, non privata*; y reproducía la admirable oración reservada para el acto de la consagración: «¡Dios, que por tus virtudes aconsejas a tus pueblos, comunica a éste, tu servidor, el espíritu de tu sabiduría! ¡Que el día de hoy sea el primero de una nueva era de equidad y de justicia para todos, de socorro para los amigos, de obstáculos para los enemigos, de consuelo para los elegidos, de corrección para los altivos, de enseñanza para los ricos, de compasión para los indigentes, de hospitalidad para los peregrinos, y de paz y de seguridad en la patria para los vasallos! Que aprenda (el monarca) a dominarse a sí mismo, a gobernar moderadamente a cada uno, según su estado, a fin, ¡oh Señor!, de

que pueda dar a todo el pueblo el ejemplo de una vida agradable para ti.»

Antes de haber reproducido en mi folleto *El rey ha muerto; ¡viva el rey!* esta oración conservada por Tillet, dije: «Suplicamos humildemente a Carlos X que imite a sus abuelos: treinta y dos soberanos de la tercera raza han recibido la unción real.»

Habiendo cumplido todos mis deberes, dejé a Reims, y pude decir, como Juana de Arco: «Mi misión está acabada.»

París había presenciado sus últimas fiestas: la época de indulgencia, de reconciliación, de favor, había pasado; la triste verdad quedaba sólo ante nosotros.

Cuando en 1820 la censura puso fin a *El Conservador*, yo no creía volver a emprender, siete años más tarde, la misma polémica bajo otra forma y por medio de otra prensa. Los hombres que combatían conmigo en *El Conservador*, reclamaban, como yo, la libertad de pensar y de escribir; estaban en la oposición y en desgracia como yo, y se llamaban amigos míos. Llegados al poder en 1820, aún más por mis trabajos que por los suyos, atacaron la libertad de la prensa; de perseguidos se convirtieron en perseguidores, dejaron de ser y llamarse mis amigos, y sostuvieron que la licencia de la prensa no había comenzado hasta el 6 de junio de 1824, día de mi salida del ministerio. Tenían poca memoria; si hubieran vuelto a leer las opiniones que habían omitido, los artículos que escribieron contra otro ministerio y en favor de la libertad de imprenta, se habrían visto obligados a convenir que en 1818 y 1819 eran, al menos, los segundos jefes de la licencia.

Por otra parte, mis antiguos adversarios se me unieron. Intenté atraer los partidarios de la independencia al trono legítimo con más éxito, que sumé a la Carta a los servidores del trono y del altar. Mi público había cambiado. Yo estaba obligado a advertir al gobierno los peligros del absolutismo, después de haberlo prevenido contra el desencadenamiento popular. Acostumbrado a respetar a mis lectores, yo no les di una línea que no estuviera escrita con todo el cuidado de que yo era capaz: algunos de estos opúsculos de un día me ha costado más trabajo en proporción que las más extensas obras salidas de mi pluma. Mi vida estaba sumamente ocupada. El ho-

nor y mi país me llamaron de nuevo al campo de batalla. Yo había llegado a la edad en que los hombres tienen necesidad de descanso, pero si hubiera juzgado mis años por el odio cada vez mayor que me inspiraban la opresión y la bajeza, hubiera podido crearme rejuvenecido.

Reuní a mi alrededor una sociedad de escritores para dar forma y conjunto a mis combates. Había entre ellos algunos pares, diputados, magistrados y jóvenes autores que empezaban su carrera. Vinieron entonces a mi casa los señores de Montalivet, Salvandry, Duvergier de Hauranne y otros muchos que fueron mis discípulos y hoy proclaman bajo la monarquía, como cosas nuevas, las que yo les había enseñado y se encuentran en todas las páginas de mis escritos. El señor de Montalivet ha llegado a ser ministro de Gobernación y favorito de Luis Felipe: los hombres que gustan seguir las variaciones de la suerte hallarán este billete bastante curioso:

«Señor vizconde: Tengo el honor de enviarle la nota de los errores que he encontrado en el cuadro de sentencias del tribunal real que le ha sido comunicado. Las he comprobado de nuevo, y creo poder responder de la exactitud de la lista adjunta.

«Dígnese, señor vizconde, recibir el homenaje del profundo respeto con que tiene el honor de ser su muy adicto colega y sincero admirador:

»MONTALIVET.»

Esto no impidió a mi *adicto colega y sincero admirador*, el señor conde de Montalivet, en su tiempo tan gran partidario de la prensa, haberme mandado encerrar, como autor de esta libertad, en la cárcel del señor Gisquet.

Un resumen de mi nueva polémica, que duró cinco años, pero que acabó por triunfar, demostrará la fuerza de las ideas, aun contra los hechos apoyados por el poder. Mi caída fué el 6 de junio de 1824; el 21 estaba yo en la liza, en la que permanecí hasta el 18 de diciembre de 1826: llegué solo a ella, despojado y desnudo, y salí victorioso. Esta es la historia que formo aquí haciendo un extracto de los argumentos que empleé.

EXTRACTO DE MI POLÉMICA DESPUÉS DE MI CAÍDA. — REHUSO LA PENSIÓN DE MINISTRO DE ESTADO QUE ME QUIEREN DEVOLVER. — COMITÉ GRIEGO. — BILLETE DEL SEÑOR MOLÉ. — CARTA DE CANARIS A SU HIJO. — LA SEÑORA RECAMIER ME ENVÍA EL EXTRACTO DE OTRA CARTA. — MIS OBRAS COMPLETAS. — MANSIÓN EN LAUSANNA.

«Hemos tenido el honor y el denuedo de hacer una guerra peligrosa en medio de la libertad de la prensa, y era la primera vez que la monarquía disfrutaba de este noble espectáculo. Mas, bien pronto nos hemos arrepentido de nuestra lealtad. Se habían permitido los periódicos, cuando no podían perjudicar más que al triunfo de nuestros soldados y de nuestros capitanes; y ha sido necesario sujetarlos cuando se han atrevido a hablar de los gobernantes y de los ministros.

«Si los que dirigen el Estado parecen ignorar completamente el genio de Francia en las cosas formales, no son menos extraños a las gracias y adornos que se mezclan, para embellecerla, a la vida de las naciones civilizadas.

«Las liberalidades que el gobierno legítimo concede a las artes, exceden a los socorros que les concedía el gobierno usurpador; pero, ¿cómo se reparten? Consagrados al olvido por carácter y afición, los dispensadores de estas liberalidades parecen tener antipatía a la celebridad; su obscurantismo es tan invencible, que aproximándose a las luces, las oscurecen; se diría que derraman el dinero sobre las artes para acabar con ellas, como sobre nuestras libertades, para ahogarlas.

«Pero aun si la estrecha máquina en que se oprime a Francia se pareciese a esos modelos perfectos que se examinan con cristales de aumento en el gabinete de los aficionados, podría interesar un momento esta curiosidad; pero lejos de eso no es simplemente más que una cosa muy pequeña y peor hecha.

«Hemos dicho que el sistema que sigue hoy la administración mortifica el genio de Francia: vamos a demostrar que desconoce igualmente el espíritu de nuestras instituciones.

«La monarquía se ha restablecido sin esfuerzo en nuestra patria, porque es fuerte en toda nuestra historia, porque